

elocuente y vigorosa pluma del Doctor Damasceno, otros grandes y antiquísimos Padres de la Iglesia, como San Epifanio y San Gregorio Niceno, se han ocupado en magnificar sus glorias. Los Sumos Pontífices no han descuidado su culto. Gregorio XIII instituye su fiesta, y León XIII la eleva al rito de segunda clase. La gloria de la Madre de María va engrandeciéndose con el transcurso de los siglos. Crece su amor y su veneración en el corazón de los fieles. Todos comprenden que tributar honores á Santa Ana es un nuevo y delicado modo de honrar á su Madre y complacer á Jesús. Digámosla, pues, con el tantas veces citado panegirista: *Nos quoque, beatissima femina, tibi gratulamur*: Acepta, ¡oh gran Santa, Madre y Señora por excelente manera y título especial! acepta el día de hoy nuestras pobres, pero fervientes felicitaciones. En cambio de nuestros humildes obsequios, haz que sintamos cada día más eficazmente el poder de tu valimiento para con Jesús. Así sea.

PANEGÍRICO DE SANTA BÁRBARA, VIRGEN Y MÁRTIR

(predicado en su iglesia parroquial de Bogotá, 1897).

Hæc est vita æterna, ut cognoscant te solum Deum verum, et quem misisti Iesum Christum.

En esto consiste la vida eterna: en que te conozcan á ti, solo Dios verdadero, y á Jesucristo á quien tú enviaste.

Io. 17, 3.

1. De los labios de aquel que, como Vicario de Cristo, tiene palabras de vida eterna¹, se ha desprendido una palabra buena, una preciosa perla, que nosotros debemos recoger con amor y guardarla en nuestro corazón.

¹ Io. 6, 69.

En reciente y luminosa Encíclica, dirigida á la universal Iglesia¹, encarecía nuestro gran Pontífice León XIII, la necesidad de hacer penetrar más profundamente en el pueblo cristiano el culto inviolable que toda la religión debe á la beatísima Trinidad. ¿Quién podrá calcular, hermanos míos, la importancia de esta recomendación? Porque sin este culto no puede honrarse dignamente á la Divinidad, la cual, como canta la Iglesia², se ha dignado revelarnos el misterio impenetrable de Trinidad de Personas, á fin de que por ella conociéramos su gloria, y adorásemos la unidad en la majestad omnipotente. Sin este culto no hay profesión de verdadera fe cristiana, ni salvación tampoco; pues, como dice el símbolo de San Atanasio, quien quiera ser salvo debe tener la fe católica de la Trinidad: *Qui vult salvus esse, ita de Trinitate sentiat*. En esa fe y en ese culto inviolable está la salvaguardia contra todos los errores, antiguos y modernos, máxime contra el impío, aunque á las veces enmascarado, racionalismo de la hora presente; porque nada hay tan contrario á la superstición y á la impiedad como la creencia católica en un solo Dios subsistente en tres Personas. En esa fe estriba finalmente toda nuestra fortaleza, pues sólo por ella podemos defendernos de toda adversidad y desventura en la eternidad y en el tiempo³.

2. ¿Qué extraño, pues, cristianos oyentes, que, para mantener vivo ese culto, el más importante, por no decir el único de la religión, promueva la Iglesia el de los santos de Dios, que han sido los grandes adoradores de la Trinidad? Con esta fe práctica se han santi-

¹ Sobre la virtud del Espíritu Santo.

² In oratione festi.

³ Encíclica, ubi supra.

ficado todos, glorificando con la santidad de su vida al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo, y siendo ellos mismos á su vez glorificados por las divinas Personas. De los santos, pues, debemos aprender nosotros á glorificar á la Trinidad divina; pero singularmente de aquellos que sellaron su confesión con la sangre, y en quienes resplandece de modo extraordinario la virtud de la misma Trinidad. Tal me parece, y creo os lo parecerá á vosotros, la admirable Virgen y Mártir cuya fiesta celebramos hoy, la bienaventurada Santa Bárbara, de cuyo patronato se gloria esta parroquia, una de las más antiguas y populosas de la ciudad de Bogotá, y cuyos cultos solemniza con su asistencia el venerable Cabildo metropolitano. En efecto, amados feligreses, como vais á verlo y admirarlo en este día, para honor de vuestra excelsa patrona y edificación de vuestras almas, la Virgen de Nicomedia glorificó magníficamente á la Santísima Trinidad, y fué de ella singularmente glorificada. Glorificóla con su fe, con su amor, con su martirio, según veréis en la primera parte: fué de ella glorificada con singulares dotes en la tierra y poderoso valimiento en el cielo, según veréis en la segunda. Ved aquí en compendio todo el elogio, para cuyo acertado desarrollo os suplico me ayudéis á implorar etc. Ave María.

I.

3. Admirable por muchas y especialísimas circunstancias fué la fe de Santa Bárbara. Fué, valiéndome de la bella imagen de un orador sagrado, como el arco iris que brilla apaciblemente en el seno mismo de nube obscura y tempestuosa: *Quasi arcus refulgens*. . .¹ Porque

¹ Eccli. 50, 8.

en verdad, hermanos míos, ¿qué tempestad más deshecha que la atroz persecución que por aquellos tiempos se desataba sobre el cristianismo? ¿qué nubarrón más hosco y preñado de truenos y relámpagos que el carácter del desnaturalizado Dióscoro, padre de la santa Virgen? Nicomedia, una de las más célebres y opulentas ciudades del Oriente, durante el imperio romano, era por aquel entonces teatro de las sangrientas escenas á que diariamente veíanse expuestos, sin distinción de personas, los discípulos de Cristo, acosados por las órdenes tiránicas de Maximino, digno sucesor de los Neronés y Galerios. Y allí, en aquel emporio, si tal puede llamarse aquel centro de la superstición y el fanatismo ciego y sanguinario, allí fué donde plugo á Dios poner la cuna de la gloriosa niña que había de ilustrar al mundo entero y edificar á todos los siglos con el heroísmo de su fe, vencedora de todos los poderes infernales. ¡Admirable economía de la Providencia! ¡Qué confusión para nosotros, amadísimos oyentes, hijos de una nación netamente católica, si no poseemos la firmeza y el ardor de la fe de nuestros mayores! Nacidos en un medio ambiente saturado del aroma de la fe cristiana, hemos aspirado su fragancia desde la cuna, y durante toda nuestra vida, así en el seno del hogar doméstico, como en el templo y en la escuela; y hasta en el vaivén de la sociedad del siglo XIX, bastante inficionada de indiferentismo religioso, todavía podemos asegurar que respiramos por todas partes aires de fe y religión. No así la ilustre heroína, objeto de nuestros cultos, la cual, nacida en tiempos de pleno paganismo, hija de un furioso idólatra, criada y educada por maestros y sacerdotes del error, fué, sin embargo, fervorosa creyente desde sus primeros años. ¿Cómo se verificó

este prodigio? Á la verdad parece difícil explicarlo. Mas ¿quién no conoce las ocultas y certeras vías de la Providencia para la salvación de sus elegidos? ¿No sabemos, por ventura, que el Espíritu de sabiduría suele servir por sí mismo de maestro á esas almas privilegiadas, y que un ángel del cielo bajaría á enseñarlas, si faltase otro maestro? ¿No lo reconoció así Daniel, el iluminado Profeta, cuando cantó al Señor en el colmo de su reconocimiento: *¡Bendito sea el nombre del Señor por todos los siglos, porque suyas son la sabiduría y la fortaleza! ... Él es quien descubre los más recónditos arcanos, porque conoce lo que para los demás está escondido en las tinieblas, porque con él está la luz*¹. No faltarían, por otra parte, sabios catequistas y santos doctores en Nicomedia; y aun se dice que el famoso Orígenes de Alejandría fué el instrumento de que se valió el Señor para ilustrar á nuestra Santa en las profundas verdades de la religión: opinión que no carece de todo fundamento. Mas, sea de esto lo que fuere, es lo cierto que el cielo la previno con admirables luces, las cuales desarrollaron en aquel ingenio agudo y clarísimo la fe que el Espíritu Santo le infundiera en el bautismo.

4. ¿Cómo tuvo lugar, hermanos míos, este prodigioso desarrollo? La Iglesia nos lo indica suficientemente por estas palabras del Breviario: *Per ea quæ visibilia facta sunt, ad invisibilia, divina opitulante gratia, facile pervenit*². Discurriendo, según enseña el Apóstol³, por el espectáculo de la naturaleza, por la contemplación de las criaturas visibles, radiantes de hermosura, elevóse fácilmente Bárbara, con el auxilio de la gracia, hasta

¹ Dan. 2, 20. 22.

² Breviar. lect. IV Matut. fest.

³ Rom. I, 20.

el conocimiento de la primera Causa, fuente de todo ser, belleza y perfección, llegando, no sólo á reconocer sus atributos, sino también á adorar las personas en la unidad de la esencia divina: *ad invisibilia pervenit*. No que la razón humana pueda con sus propias alas remontarse hasta esa altura, inaccesible siempre á todo entendimiento criado; sino que, supuesta la fe basada en la Revelación, puede una alma pura y contemplativa dilatar sus pupilas y espaciar su mente en la contemplación de las maravillas del ser divino. Y tal aconteció á la privilegiada Virgen de Nicomedia. Dotada de singular penetración para conocer la verdad, como de rara hermosura corporal y magnanimidad de corazón, gustaba de engolfarse en la contemplación de la naturaleza desde las alturas solitarias de aquella torre donde su celoso y extravagante padre la obligó á vivir encerrada largos años para sustraerla hasta de las miradas de los hombres, como guarda el avaro sus codiciados tesoros. En aquella soledad, dulce para su alma desprendida de todo lo terreno, y enemiga de la vanidad de un mundo corrompido por el orgullo y la sensualidad pagana, Bárbara se abismaba las horas enteras en la vista de aquel misterio altísimo que forma la felicidad de los espíritus bienaventurados, los cuales no acaban nunca de admirarle y alabarle, repitiendo extática con ellos: *¡Santo, santo, santo!*¹

El pensamiento de la Trinidad divina dominaba su espíritu, y de ahí que quisiera verla representada en todas partes. Quiere verla en su propia habitación, expresada bajo el símbolo de las tres ventanas iguales y simétricamente colocadas. Quiere verla en la insignia

¹ Is. 6, 3.

santa de la cruz que traza ella misma en el borde de su baño; y es así que en la cruz resplandece vivamente á los ojos cristianos el misterio de las tres divinas Personas. En aquellas tres líneas ó brazos de la cruz en figura de *Tau*¹, en donde descansa el Redentor, encuentra Bárbara su querido misterio; pero todavía mejor en la realidad que en la figura material. Porque no ignoráis, hermanos míos, que el misterio de la Redención no se explica ni llega á comprenderse sino por el de la Trinidad. Un Dios Padre que envía al mundo á su Unigénito para rescatar al hombre de la eterna perdición²; un Dios Hijo que se inmola por la gloria de ese mismo Padre; un Dios Espíritu de amor que sella esta misma inmolación, pues, como enseña el Apóstol, «por el Espíritu Santo se ofreció Cristo á Dios, como hostia inmaculada»³: he aquí la Redención, he aquí la adorable Trinidad. Por eso, sin duda, el sumo teólogo, San Juan, reúne estos dos misterios en aquella profunda exposición paralela: *Tres son los que dan testimonio en el cielo ... y tres son los que atestiguan en la tierra ... y los tres son uno solo*⁴.

5. Bárbara, pues, que ve tan claro el misterio de la Unidad en la Trinidad y de la Trinidad en la Unidad: *hi tres unum sunt*, no puede soportar el espectáculo del culto del demonio, disfrazado con la máscara espantable de los falsos dioses que adora su desatinado padre. La pura é iluminada Virgen detesta, sobrecogida de horror, aquellos torpes ídolos de piedra, barro ú oro que el mundo pagano llama dioses, y ante cuyos altares quema incienso y dobla la rodilla. Su celo no

¹ Letra del alfabeto griego, de esta forma T.

² Io. 3, 16.

³ Hebr. 9, 14.

⁴ I Io. 5, 7. 8.

respeto vallas, como el fuego de un incendio colosal. Escupe los inmundos simulacros diciendo con el Salmista: «¡Abajo estatuas de oro y plata, dioses de las naciones! Sean semejantes á vosotros los que os adoran.»¹ Y con Ezequiel: *Disperdam simulacra*: derribaré los ídolos². Habla con valor cristiano, aunque con filial reverencia, á su obcecado padre, esforzándose á persuadirle la vanidad del culto de los falsos dioses y la necesidad de adorar al verdadero Dios uno en tres Personas.

Aquí tenéis, cristianos oyentes, una fe que no se queda encerrada dentro del pecho, sino que, llegado el caso, brota de allí por los labios como un torrente de fuego, y se dilata por la confesión franca y valerosa, obrando así la salvación. *Corde creditur ...*, dice San Pablo; *ore autem confessio fit ad salutem*³. Aquí tenéis la fe de los Apóstoles y de los Mártires, á quienes no arredran ni acallan temores de ninguna especie: *Hablamos porque creemos*⁴. Y ésta es la fe que nosotros debemos imitar. ¡Oh! ¡si supiéramos, como la invicta Bárbara, remover los estorbos de esta fe generosa! ¡Oh! ¡si, como ella, no sólo creyéramos con el entendimiento, sino que también adorásemos en espíritu y en verdad al Dios de nuestra fe!

6. Porque Bárbara, no satisfecha con creer y confesar, adora y ama el objeto de su fe, la Trinidad divina. Desde su misma infancia no vive sino para glorificar á su Dios, á su Padre, á su Hermano, á su dulcísimo Esposo, diciendo á voces con la Esposa de los Cánticos: *Ego dilecto meo ...*⁵, ó bien: *Amore lan-*

¹ Ps. 113, 4 sq.

² Ez. 30, 13.

³ Rom. 10, 10.

⁴ 2 Cor. 4, 13.

⁵ Cant. 7, 10.

guo¹: «Desfallezco de amor». Hale consagrado con voto inviolable todos los afectos de su corazón, no aspirando á tener otro esposo que Él. Así lo declara formalmente á su atónito padre, que soñaba con los más brillantes enlaces para aquella hija tan celosamente amada y guardada tan cautelosamente. ¡Qué desengaño para un hombre carnal, incapaz de comprender las aspiraciones del amor divino! No le queda otro arbitrio que entregarse de lleno á los furores de la superstición. Entre tanto, ¿qué son para nuestra admirable doncella de doce años riquezas, honores, belleza, placeres, la vida misma? Nada sino materia de total y perfecta inmolación al Dios de sus amores. Todo le parece poco para ofrendárselo á Aquel que se ha dado todo á ella: *Dilectus meus mihi, et ego illi*². Ella dice, como la hija del Rey celestial: *De mi boca no saldrá otra palabra que ésta, fruto de mi corazón: Mis obras son todas para el Rey*³. ¿Qué fuerza bastará á derrocar su resolución de servir á Dios Trino y Uno con la trinidad de sus potencias en la unidad de su espíritu? Inútilmente se empeña el gobernador Marciano en arrancarla del culto de la gloriosa Trinidad, obedeciendo á los caprichos del despiadado padre, que entrega á su hija al juez pagano para que la haga apostatar ó morir entre tormentos. Marciano ensaya primero la blandura, el halago, la lisonja; pero Bárbara, desdeñosa de todo lo terreno, es inflexible en su propósito; y aquí la tenéis ya, cristianos, puesta en el solemne trance de glorificar á su Dios, no sólo con la adoración, sino con el sacrificio efectivo de su vida. La que ha vivido para

¹ Cant. 5, 8.

² Cant. 2, 16.

³ Ps. 44, 1.

glorificar á la Trinidad desde que la conoció, morirá también para engrandecerla y ensalzarla.

7. He aquí la hora del supremo triunfo ... mas ¿de quién diré? ¿de Bárbara, ó de la Trinidad? Ciertamente la Virgen cristiana triunfa de la tiranía de sus verdugos; pero la fe de un Dios en tres Personas sale triunfante de la superstición universal. ¡Qué escena más gloriosa para nuestra fe que aquélla del interrogatorio de Bárbara en el tribunal pagano! Á la intimación del déspota: «Adora á nuestros dioses», contesta á pecho firme una tierna doncellita: «Yo adoro á un solo Dios». Al mandato: «Ofrece incienso á Júpiter, á Baco, á Juno ...», dice ella: «Yo ofrezco mi vida al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo: ésta es la verdad de que soy mártir y testigo; ésta es la fe que vosotros debéis abrazar para salvaros. El que no cree en un solo Dios trino y uno, se condena eternamente.» ¡Qué victoria, hermanos míos, la que consigue Dios en el hombre por la constancia de éste en la confesión de su Credo, hasta sufrir por ella toda clase de torturas, afrentas y la misma muerte aplicada con refinamiento de crueldad! Pues tal fué la gloria que dió á la Trinidad la confesión de Santa Bárbara. Lo que aquí llena de asombro y suspende el sentido de quien lo contempla, es el contraste sublime de la fuerza brutal, vencida por la debilidad, de la fiereza domada por la dulzura, de la terquedad del tirano burlada por la constancia de una virgen.

Trasladaos con la imaginación al teatro de tan prodigiosos sucesos. ¡Mirad á la inocente niña cómo huye de la furia de su ciego padre que, espada en mano, le da alcance! ¡Tente, monstruo abominable, que no padre! ¿Á tu misma hija vas á atravesar con esa es-